

BOSQUEJO

Emilia Gutiérrez

Lo peculiar de la teoría platónica de lo bello consiste en que, ante lo bello, uno no se comporta de forma pasiva y consumidora, sino de forma activa y generadora. En presencia de lo bello, el alma se ve impelida a generar por sí misma algo bello. Al contemplar lo bello, el Eros despierta en el alma una fuerza engendradora. Por eso se llama “engendrar en lo bello” (tokos en kalo).

Byung-Chul Han



Ilustración del libro *Walden o Vida en los Bosques*, de Henry D. Thoreau

Una residencia es un lugar donde los artistas, investigadores o curadores van a realizar una obra, o a desarrollar un proyecto específico. Esa es la definición escueta de residencia. Pero residir, en un amplio sentido del término, implica *involucrarse* con el entorno donde se reside. En ese sentido, sería habitar un lugar generando y dejándome atravesar por las múltiples conexiones entre espacios, sentimientos, reflexiones; por las diversas tramas de significaciones que se construyen en la estadía.

Las residencias son, para los artistas que asisten y para los que las generan, un conducto milagroso para la producción de Arte en este siglo. No sólo nos llevan a vincularnos con el lugar y con otra gente, sino sobre todo, a realizar el ejercicio de *ver* hacia dentro. Eso nos lleva a repreguntarnos sobre nuestra labor como artistas, sobre el impacto o recepción de nuestra obra, a reacondicionar el mapa de intercambios y las tareas de autogestión. La parte que más me importa, sin embargo, no es esa. Sino todo aquello que puede descubrirse en el camino y que, en mi caso, fue construyendo mi producción.

El bosque como principio de escritura, pero más que nada como metáfora de la muerte y la vida, como apertura liminar hacia un encuentro fortuito que en cada artista fue diferente. En mi caso, la comunión con el bosque como universo perdido y ahora reencontrado de mi infancia, de los primeros cuentos que lo tuvieron como escenario. Caminar ese lugar como inspiración y potencia creadora.

Las historias que aquí suceden fueron afectadas por los lugares y por las personas. La escritura fue absorbida por el bosque.

San Martín de los Andes, Mayo de 2018

Punctum

Hay un estadio en la fotografía llamado Punctum. Roland Barthes lo menciona por primera vez en su libro *La cámara lúcida*, y yo lo descubro un tiempo después, cuando intento encontrar una palabra para el estado de absoluta entrega y correspondencia entre mi subjetividad y una obra, sea esta una canción, un poema, una foto o un paisaje. El punctum es la práctica asceta del ver: un ver entrenado para captar resonancias secretas entre las cosas.

Si el studium *muestra*, el punctum *interpela*. En una época plagada de imágenes que se desatan de manera secuenciada e invasiva, el punctum pone una pausa porque hay algo que nos llama y nos convoca.

El punctum vulnera porque llega, usando un recorrido tan antiguo como el silencio, al lugar donde está la herida. Y nos la señala.

Ver

¿En qué momento comenzamos a ver? Muchas veces me pregunto por qué no tenemos registro de ese momento ineditable donde abrimos por primera vez los ojos. Pero no, eso todavía no es ver. El ver compromete estados profundos de la conciencia y del alma. Para ver, es necesario tener un recuerdo previo que vaya entramando estados.

En la gente que está movilizada por un sentido, el ver recorre el mundo en actitud viajera, de ascenso y descenso, de lucha encendida. Hay momentos donde nuestra mirada realiza un apoyo. Se asienta en aquello que nos convoca desde algún lugar de nuestro ser sensible.

Entonces, ¿en qué momento comenzamos a ver? Quizás en el momento donde realizamos una deriva, una demora que nos permite implicarnos.

Parte del cuadro

En el Capítulo 3 de Rayuela, la Maga le reprocha a Oliveira: *Vos creés que estás en esta pieza pero no estás. Vos estás mirando la pieza, no estás en la pieza.*

La mirada, como todo mecanismo sensible, tiene sus modos de preservarse. La mirada sabe que si empieza a ver, puede llorar, gritar, invalidarse, sentirse bendecida o confinada.

La demanda “no estás en la pieza”, es una forma de protesta ante el ser amado que es inalcanzable, insensible, invulnerable a la persona que somos. Porque no nos ve.

Tour botánico

Dentro de cada acontecimiento hay una narrativa esperando, un relato próximo a desplegarse. No hay belleza en los datos sueltos, sino en los vínculos narrativos que tejen alianzas. Como las historias de Vero, la guía del bosque oscuro.

El sentir de una persona se refleja en sus modos de narrar. Y la forma de relatar de Vero, es de bosque húmedo y de árbol.

Cuando era chica, ella aprendió que quería pasar su vida conociendo las plantas. Digo que fue un aprendizaje, porque no fue algo del orden de la decisión, sino más bien una revelación.

Todos los días, hay gente que decide su profesión. Pero hay cosas en la vida que se aprenden como un proceso. No se eligen: están ahí, estuvieron ahí siempre. A los doce años, sentada cerca de los tabaquillos, Vero vio el bosque dentro de ella.

Un hogar

Estoy buscando la casa, dice José Kozer. La casa es el cuerpo, la casa es el poema, la casa es el lugar en el que estás en un momento determinado.

Si la casa es el poema, entonces la casa es el poema después del poema, es este poema que escribo y el que vendrá.

Qué difícil habitar una casa hecha de palabras aunque el poema no siempre sea palabras.

Pero yo sigo nombrando. Y pienso que quizás el verdadero poema sea este:

la imagen suspendida en el tiempo

de una persona que no me conoce

leyendo estas palabras.

Un romance

Hay un secreto
entre la montaña y yo;
pero con el bosque
he iniciado un romance
que no se terminará nunca
así conozca otros bosques.

Es más, al bosque no le molesta
que camine
el Laurisilva
en La Gomera,
el bosque de Erawan
en Tailandia,
o el Savernake Forest.

Todo lo comprende el bosque:
hasta esta inexplicable
necesidad
de expandirme y viajar
para seguir
amándolo.

Super- héroa

Tu mesa llena de gente
los viajes que hiciste, los que te faltan
tu mirada de chinita pícara
saliendo todas las noches
juntando nombres
por cada lugar.

Tu superpoder es
la capacidad de confesarte
sin ninguna necesidad de hablar:
tu declamación es
el sutil brillo de la estela
que vas dejando en el mundo.

Ayer a la tarde

Lo difícil
que es
ver tanto
misterio junto,
tanta belleza
hecha montaña
estando sin vos
para abrazarla.

Nocturno

Aviones llenos
de amantes
que viajan
kilómetros para abrazarse
pisos helados
del rocío en veredas
donde la luna se baña.

La noche
cuando es mía,
augura diluvios
de frases en agendas
reserva actos de valentía
para días que se acercan
promesas de itinerarios
por bosques y por montañas.

La noche
cuando es tuya,
escribe mapas
de mundos
todavía inhabitados
como cristales de nieve.

Pero mundos
que no se esfuman
al calor de nuestras manos,
sino mundos muy humanos
donde nuestras manos viajan.

Entre las siete y las diez

Influjos melancólicos
se activan en el pecho
provocando un estado
de ausencia de alegría,
un deseo profundo
de algo
que ya no es.

Ojalá

Ojalá encuentres una persona
(aunque sea una sola)
que te busque y te nombre
como si fueses algo más
que un recorte
del mismo material
de los muñecos que miran
las cosas que se miran,
y nombran lo que poseen
o piensan poseer.

Pero vos,
ojalá encuentres
la profesora de algo, un padre, tu hermana,
o el personaje ocasional
que te mire
y señale
el lugar
de la herida,
te abrace lo mismo
y te diga
que ese también es
un lugar válido
para construir
un camino.

Una propuesta

Dejemos un espacio entre tantas aplicaciones a residencias, a subsidios, a becas. Seamos el lugar callado donde nuestras almas se templan. Vivencias monstruosas y ríspidas nos esperan para que hagamos historias con ellas.

Yo escribo, vos filmás.

Fábula

Qué maravilla tener
las uñas llenas de barro,
la punta de la lengua
con sed,
y el corazón
cansado.

Abrirle la puerta al oso blanco
que diga
“quiero ver tu obra”
quedarnos horas
dibujando.

Las ideas de mi cabeza
se han desagotado
en el papel;
me volví animal
que solo quiere
recorrer el bosque:

las uñas llenas de barro
la punta de la lengua
con sed,
el corazón cansado,
cansado de tanto querer.

¿Cómo ver preferís la nieve?

¿Cómo preferís ver la nieve?
yo desde atrás de la ventana,
callados así la escucho.
Dejemos las botas
para otro día,
somos mejores
desnudos.

Un destino

En la Fontana de Trevi la gente arroja tres mil euros por día. Eso hace un total de veintiún mil por semana y vos calculá por mes... ochenta y cuatro mil deseos sumergidos en el agua. He leído que esos deseos alimentan bocas y construyen casas, cuando los euros son donados a centros de construcción y organizaciones de beneficencia.

Ese es el destino de los deseos que van en monedas italianas. Y los que viajan en suspiros, renuncias, palabras, inventos... esos, ¿a dónde van?

Fin de la tarde

¿Por qué jugamos
cuando jugamos?
¿Qué sentido
tiene el lado azul
de la goma?
¿De qué eslabón
o evolución milagrosa
deviene la boca?
¿Y qué de bueno hicimos
para tener una lengua?
¿Todos los días
tenemos que hablar?
¿Podríamos entendernos
Si existiera el día
de no hablar?

Así como vos y yo,
nos entendemos.

La hora del zhorro y la coneja

Ya no estoy:

he partido hacia tu abrazo.

Quiero que respires otra vez
en mi panza.

Me han crecido bosques
en la mirada.

Has pensados en sueños
mientras no estaba.

Quiero volver a ese
silencio azul
tan nuestro
que nos cubre
como una sábana.

Arborquídeas

Mabel criaba orquídeas con tallos aéreos de tres colores: celeste, rosa y amarillo. Hacía reproducciones en pequeños capullos, en lugares solos y fríos. Cuando se hacían más grandes, las juntaba en pequeños grupos. Y si bien las orquídeas suelen estar en invernaderos o bajo techo, las de Mabel vivían afuera de su casa, en el jardín delantero.

Los vecinos pasaban y veían esos bichos fantásticos que son las orquídeas, y pensaban “qué genia Mabel, es la única que puede hacer orquídeas de tres colores”. Otros pensaban “pobre Mabel, desde que se murió su marido no tiene nada que hacer y se dedica a criar plantas, mejor hubiese tenido hijos”. Y así transcurrían los días en la vida de Mabel desde la óptica tan caprichosa de la mirada ajena.

Pero ya sabemos que la vida puede cambiar en un tris, y de pronto transformarse en otra vida, todo dentro de la misma persona. Así fue como Mabel se puso de novia con un artista que hacía collages. Engarzaba imágenes de la vida real con pinturas y fotos de enciclopedias. Ahora, ella se levantaba temprano a regar las orquídeas y después buscaba fotos en revistas y libros para que Oscar armara sus obras.

Juntos construyeron un cuaderno que era un delirio de imágenes de gente corriendo sobre fotos de alcauciles, nenes remontando diamantes sobre cielos color magenta, ojos dentro del agua y actores porno masturbándose a la par de fotos de esculturas griegas.

Poco a poco, mientras se desarrollaban en la casa estos acontecimientos, las orquídeas fueron creciendo sin necesidad de agua y transformaron la casa en un paisaje bucólico tricolor. Como se hicieron más grandes, las flores mutaron sus tallos, que se transformaron en troncos. Una noche, mientras Oscar agarraba su tijera número veinticuatro para recortar una figurita de una revista, Mabel salió en pantuflas a ver. Había escuchado el ruido que hace una rama seca cuando se corta. Eran sus orquídeas transformándose en árboles.

- Qué lindo que es ver – le comentó Oscar a Mabel mientras se pegaba a la ventana.
- Vení, salí afuera – lo llamó Mabel, que seguía en pantuflas y con los brazos cruzados debajo del árborquídea.

Con el tiempo llegaron más vecinos, botánicos, periodistas, arquitectos, empleados del EPEN preocupada por los cableados, artistas y curiosos a ver las arborquídeas. Muy rápido, Mabel y Oscar se cansaron de tanta presencia ajena dentro de su casa.

— ¿Nos vamos? - le preguntó Oscar a Mabel un día.

— Nos vamos.

Armaron sus valijas con cincuenta y seis tijeras, plasticola, cola vinílica, imágenes de rombos, artículos para el hogar, pajaritos, paisajes del mundo ya recortadas y revistas por recortar para armar sus mundos integrados con el sentido que ellos quieran.

Dicen que ahora viven en Aluminé, en una cabañita donde pueden crear tranquilos. Una vez al año, sin embargo, vuelven a visitar a sus arborquídeas.

¿Para qué escribo?

Una ventana
hacia la montaña
revela
más hermosura y misterio
que cualquier palabra.

El guindado

Ella pintaba cuadros. Hacía desgastes del cielo que después iluminaba con tonos de colores brillantes. No se apuraba en terminar las cosas, ni se ponía ningún tipo de presiones. Las tardes de lluvia, salía a caminar por la ciudad, esas siete cuadras del centro hasta la plaza principal. Ahí se sentaba a no pensar. La gente que pasaba no la miraba. Tenía la mágica cualidad de ser invisible, excepto cuando iba a comprar verduras y frutas al mercado. Todos los días de su vida transcurrían de manera casi idéntica, excepto los Sábados. Los sábados eran los días que Franco venía a barrer las hojas que se habían juntado durante toda la semana.

Ella lo amaba.

Amaba a Franco con un deseo quieto e imperturbable, de sábana tendida al sol y jamás levantada. De manera que a veces se agitaba con el viento pero era algo tan estético como inservible. Lo amaba porque algunas veces habían hablado, cuando ella le alcanzaba un poco de agua o un té. Y esas tres veces, fueron cruciales para ella.

La primera vez, Franco le contó que era docente de morfología vegetal en la Universidad de Comahue. La segunda vez, ella le pidió que no se llevase la montaña de hojas porque le gustaba mirarla a través de la ventana. Y la tercera, él le dijo que hacía el mejor guindado de todos y le regaló una botella. A ella le gustaba tanto el color, que decidió guardarla hasta el invierno.

Nunca se dijeron nada más. Nunca se invitaron a salir. Ella solamente pensaba, cuando pintaba sus cuadros, que le encantaba que alguien que fuese docente en la Universidad empleara su tiempo en barrer las hojas en un complejo de cabañas. Imaginaba vínculos entre esas hojas y Franco. Seguro que le recordaban a su infancia. Una siempre busca lugares de resguardo donde sentirse feliz, y la infancia está llena de esos lugares.

Pasó casi un año. Un día, él dejó de venir a juntar las hojas secas de los árboles.

Fueron días de tanta tristeza, que ella decidió abrir el guindado y tomar un vaso. Cuando giró la tapa de la botella, descubrió un papelito enrollado adentro. Con mucho cuidado, lo desenvolvió. El papel tenía un mensaje que decía:

Me gustás mucho. ¿Hacemos algo el próximo Sábado?

Ella lo buscó. Nunca se animó a ir a la Universidad, pero en un pueblo tan chico todos se cruzan. Introdujo en sí misma el firme propósito de encontrarlo, y un día lo vio. Estaba sentado en un banco de la plaza principal con una mujer. Él le hablaba a la mujer en esa curva que se forma entre el hombro y el cuello de una persona. En ese espacio donde sólo acceden quienes comparten una estrecha intimidad. La mujer se reía. Después, Franco la besó en ese espacio.

Ella se levantó del banco y regresó esas siete cuadras sin pensar en nada. Al llegar a su casa, vació el contenido del guindado en el fregadero y dejó correr el agua. Ahora, ella ya no pinta con colores brillantes. Y siempre, pero siempre, recuerda levantar las sábanas que tiende al sol.

Museo

Ayer
te veías tan bien
con tu traje sin corbata
y tus ganas de viaje
de conversación
y de ruido.
Apreciarte es fácil
porque sos parecido
a un cuadro.
No hay galería o museo
en dónde ubicarte, amor.
Serías parte de una rara colección
inventada antes de tiempo.
Pero tampoco
estarías bien parado aquí
al lado mío
ya que los cuadros
se miran de lejos.

Blanca

Sigo teniendo
miedo de escribir,
se desvanece en mi mente
el trayecto de la palabra
que ahora te quiero decir.

Las heridas me preguntan si ya pueden cerrar;
yo les contesto que sí.
Si hablar con vos fuese tan fácil
como el humo que sale de esa cabaña,
como pisar una ramita en el bosque,
ya viviría fascinada
de tantos lugares donde ir
de tanta oración para hablarnos

Pero tanta blancura
y tanto tiempo
cancelaron
todo intento
de encontrarnos.

Algo ha cambiado

Las obras pueden hacerse
en lienzos interminables
las historias construirse
en parajes como puentes,
o haciendo el amor
bajo un árbol.

Ya no tengo registros
de mi pasado:
los he dejado
en la nieve.

Este libro se terminó de escribir durante la residencia MANTA, San Martín de los Andes, Pvcia de Neuquén, Argentina.

Se puede difundir de cualquier manera, siempre citando a la autora.

MANTA

Residencias en Prácticas Artísticas / San Martín de los Andes - Neuquén /
tallermanta@gmail.com

Emilia Gutiérrez.

emiliepoulain86@gmail.com